

reyertas. Muchas veces, sin motivo, maltrataba a esos pobres chicos, que no tenían la culpa de nada, y quienes le temían como a una fiera. Como el ambiente en la casa les era hostil, optaron por salir a la calle y no llegar a ésta sino de vez en cuando. La madre hacía caso omiso de la actitud de los niños, pues así ella evitaba de estar en continuos disgustos con el hombre con que vivía, y los niños se libraban de los malos tratos e injustas represiones que éste les hacía. Estos menores estaban, tanto moral como materialmente, abandonados.

En la Población Norte, muy cerca de los Hornos Crematorios, en una casita construída de pedazos de latas y sacos, me encontré con un cuadro de miseria espantoso; una mujer casi desnuda, muy sucia y con el rostro desencajado, sentada en el suelo amamantando a una guagua. En el cuarto no había una sola cama, y lo único que se veía era un gran hoyo en el suelo, con algunos restos de fazadas y pedazos de trapos. Al preguntarle a la mujercita para qué era, respondió:

—«Ahí duermo con mis tres niños.»

—¿Dónde andan los otros niños?

—«Uno en la calle pidiendo pan y el otro en los basurales cercanos buscando algunos desperdicios para llevar a la casa.»»

—¿Y el padre de ellos?

—«No sé de ninguno de ellos, señorita.»

Agrega la mujer que todos son hijos ilegítimos y de diferentes padres, de los cuales ella no tiene noticias. Respecto a la manutención de ella y sus hijos manifestó que sólo pasaban con la que recibían de limosna y ella, de vez en cuando, ganaba «sus cortecitos». Le insinué que me explicara más claramente aquello de «cortecitos» a lo cual no tuvo inconveniente y con bastante desenvoltura me dijo: «Tengo mi hombre, señorita, y no se admire de ello, porque en la gente pobre como es uno, lo hace por tener

Lactància i destete tranquils,  
sense diarrees, criant amb  
llet anglesa

MILFO 12 0